

Reseña de Libros y Revistas

The Circum-Caribbean Theory, An Archaeological Test.
IRVING ROUSE. (American Anthropologist. Vol. 55 N° 2,
Part. 1, pp. 188-200, 1953).

Este nuevo trabajo de Rouse es de un interés extraordinario para la antropología colombiana, ya que formula una revisión parcial de la teoría de Steward acerca del Area Circumcaribe. Es evidente que una de las fallas en la definición de dicha área, yace en el hecho de emplear principalmente datos etnográficos, faltando en ella la perspectiva temporal que sólo la arqueología puede proporcionar. En la última década gracias ante todo al programa desarrollado por la Universidad de Yale, en las Antillas y Venezuela, ha sido posible establecer un marco de referencia de considerable profundidad temporal, que permite ahora apreciar en buena parte la dinámica histórica de la zona oriental del Caribe. Rouse basándose en el resultado de estas investigaciones y en gran parte en las suyas propias, examina la teoría circumcaribe a la luz de estos nuevos datos y llega a ciertas conclusiones cuya validez parece quedar fuera de duda. Teniendo en cuenta el carácter esencialmente cronológico del esquema de las áreas culturales suramericanas de Steward, la secuencia puesta a la prueba arqueológica debería ser la siguiente:

1—Un horizonte de Culturas Marginales representando el poblamiento básico del Area Circumcaribe;

2—Manifestaciones del advenimiento y desarrollo de una Cultura Circumcaribe propiamente dicha, de origen andino y abarcando casi todo el Area Circumcaribe, excepto las Guayanas y algunas zonas marginales antillanas;

3—Manifestaciones de la Cultura de la Selva Tropical, originaria del centro del área y extendiéndose luego hacia el Sur.

Analizando ahora las secuencias cerámicas, Rouse identifica los tres tipos culturales de tal modo que coinciden los horizontes precerámicos con la Cultura Marginal; los horizontes cerámicos con pocas o ningunas asociaciones ceremoniales, con la Cultura de la Selva Tropical; finalmente los horizontes cerámicos con asociaciones ceremoniales bien definidas, con la Cultura Circumcaribe propiamente dicha.

Utilizando ahora seis perfiles de correlaciones, que abarcan desde el Occidente de Cuba hasta Trinidad y las Guayanas y desde el Occidente de Venezuela hasta el Alto Orinoco, Rouse reconoce en ellos cuatro horizontes caracterizados por determinadas clases y estilos cerámicos y traza su desarrollo en tiempo y espacio. Este desarrollo muestra en efecto la

validez del postulado de una Cultura Marginal básica, pero contradice a la teoría de Steward en tanto que aparece la Cultura de la Selva Tropical siguiendo inmediatamente a la Marginal y queda el desarrollo de la Cultura Circumcaribe limitado al Noroeste venezolano y a las Antillas Mayores, sin continuidad alguna y además en una fase relativamente tardía. En vista de eso, Rouse sugiere que los portadores de la Cultura de la Selva Tropical a los cuales identifica tentativamente con uno de sus complejos cerámicos así como con la introducción de la agricultura y de la alfarería, descendieron el Orinoco (según Steward lo ascendieron), superponiéndose a la Cultura Marginal básica y desarrollando luego independientemente tal vez dos núcleos de tipo circumcaribe: el del Noroeste de Venezuela y el de las Antillas Mayores.

El trabajo de Rouse es altamente estimulante y es el primer paso serio hacia una revisión crítica de la teoría del Circumcaribe. Para los arqueólogos colombianos que trabajamos en esta misma área en el Norte de Colombia, surge con más urgencia la necesidad de intensificar las investigaciones, para poder contribuir a la solución de los muchos problemas que plantea la prehistoria de esta zona del país.

G. Reichel-Dolmatoff.

●

HERBERT WILHELMY. *Suedamerika im Spiegel seiner Staedte*. (Suramérica reflejada a través de sus ciudades). Editorial: Kommissionsverlag Cram, De Gruyter & Co., Hamburgo, 1952. 450 págs., fotografías, planos, índices de materia y literatura consultada.

Es este nuevo libro uno de los mejores sobre Suramérica, y a la vez uno de los tantos que se han publicado después de la última guerra en Alemania. Forma parte de la serie de las publicaciones del Instituto Ibero-Americano de Hamburgo. El director de dicho Instituto dice en la introducción del libro "que el principal y básico problema del Continente Suramericano, que existe desde el año de 1942, es la tensión entre la cultura Ibérica y la autóctona. Representa Suramérica hoy una síntesis de lo más característico y vital que existe sobre el globo, entre lo autóctono y lo europeo". Luego el autor desarrolla esta hipótesis bajo la pregunta: ¿Dónde se encuentran las fuerzas constructivas de Suramérica? ¿Quién va a orientar el futuro de este continente, la ciudad o el campo? Trató el autor de contestar estas preguntas a través del funcionalismo histórico del grupo hispánico sobre la base de la tan variada realidad geográfica suramericana.

En verdad, un tema tan atrayente como difícil de resolver, porque aunque el origen y la orientación de las primeras fundaciones españolas en Suramérica tienen una misma raíz, su evolución sin embargo —espe-

cialmente en los últimos 80 años— ha sido tan diferente y regional, que parece que el funcionalismo histórico fue cortado, y concluyó con la Guerra de la Independencia, para luego empezar algo nuevo. Parece el libro más que un reflejo de Suramérica a través de sus ciudades, como lo llama el autor, una historia geo-política de las mismas.

Analiza el autor, que es catedrático de geografía en la Universidad de Kiel, lo característico del doble continente americano, sin caer, afortunadamente, en el error de hablar del sub-continente suramericano. Analiza geográficamente la constante espacial del límite cultural entre el norte anglosajón, y el sur ibérico, que coincide con bastante exactitud con el límite septentrional de los trópicos. Destaca la diferencia entre la política colonial de los europeos-ibéricos y de los nórdicos, para explicar así luego sobre la triple dimensión del clima, hombre y cultura, las diferencias de los continentes americanos; sin embargo el autor desconoce la enorme influencia —también cultural— que han tenido los Estados Unidos en Suramérica, y especialmente en la América tropical, como consecuencia del desarrollo de las comunicaciones aéreas, y de la segunda guerra mundial. Esta influencia sin embargo se limita y se concreta exclusivamente sobre las regionalmente grandes ciudades, y acentúa aún más el gran contraste que existe entre el desarrollo de las ciudades y de los campos. Es la geografía de las comunicaciones una de las bases para la interpretación de los factores culturales y económicos que tienen su punto de salida en las ciudades, y que muestra la ciudad en función con su región de influencia rural. Destaca el autor muy acertadamente la ubicación geográfica del continente sobre el globo, tan distanciado de Europa, y la influencia de estas dimensiones espaciales a través del tiempo sobre su desarrollo. El cielo es alto, y el Rey y el Papa están lejos; son estas expresiones las que se relacionan con las distancias de los poderes centrales en cuanto al tratamiento de los indígenas en la estructura económica colonial. Pero lo asombroso: no obstante de esta lejanía y orden social, el continente tenía a fines del siglo 18 cerca de 18 millones de habitantes, contra cinco y medio millones en el continente del norte.

Luego analiza el autor los diferentes modos de actuar de los españoles y portugueses en Suramérica. Destaca la ventaja de casi 200 años que llevaban los portugueses a los españoles en la práctica de la administración de tierras coloniales tropicales. Las reservas humanas que tenía Portugal en sus posiciones africanas, la base del comercio de esclavos negros, permitió a este país una explotación de sus territorios suramericanos en condiciones mucho más ventajosas que a los españoles. Describe Herbert Wilhelmy el desarrollo histórico del comercio de esclavos y su influencia en el desarrollo de Suramérica, y en la política Europea, que tenía sus repercusiones en la economía de las grandes plantaciones en el Brasil. Destaca además las diferentes características geográficas de los territorios de los portugueses y españoles: las costas del Brasil cubiertas de bosques tropicales, lluviosas, que fueron convertidas en plantaciones, y ubicadas cerca del viejo continente que ofrecía un buen mercado, mientras que los españoles ocupaban el occidente montañoso y

lejano sobre el Océano Pacífico. Destaca además, que los españoles evitaron la penetración en los bosques, convirtiendo éstos en suelos agrícolas. Ellos robaron a los indios las tierras cultivadas, pero no crearon nuevas. Es ésta la diferencia principal en el concepto del autor: los españoles eran soldados conquistadores, y los portugueses comerciantes colonizadores. El límite del bosque era un límite cultural y político, y gracias a este cinturón de aislamiento, fue más tarde posible la creación de los estados jesuítas en las tierras bajas del interior del continente. Ve además el autor en la estructura geográfica —base del regionalismo e individualismo del continente— los orígenes de los futuros estados actuales, y de la composición de su población, que étnicamente tiene su origen en la mezcla con los indígenas. Es aquí donde más se diferencia la política colonial ibérica de las de los holandeses e ingleses.

Empieza luego el autor su estudio de la construcción de ciudades españolas en Suramérica con un concepto clásico de Ratzel. Analiza la importancia de la ciudad como punto de salida para la conquista del continente. Destaca, que ninguna de las primeras fundaciones en las costas tropicales del norte ha tenido un desarrollo grande (olvidó a Cartagena), porque éste estaba reservado para las ciudades en las sanas altiplanicies del interior. Destaca además, que la conmemoración del cuarto centenario de muchas ciudades hace apenas pocos años, ha sido un factor de mucha influencia en la vida actual intelectual de los países suramericanos.

Luego se refiere a los cabildos y los derechos y libertades de la ciudad española del continente, como algo especial que ha tenido grande influencia en el desarrollo de los países. En Suramérica la ciudad era desde el principio el centro guardián de la cultura europea. Solamente la ciudad fue capaz de darle al continente la fisonomía que actualmente tiene. Se desarrolla con el tiempo un bien definido sistema de clases, y se forma una aristocracia en las ciudades y también en el campo: la base del feudalismo colonial. Es aquí donde empieza la lucha entre la reacción y el progreso, que después de la Guerra de la Independencia toma formas políticas, que tiene su expresión en los tradicionales partidos políticos: el conservador y liberal respectivamente. Pero además de estos centros urbanos administrativos, políticos y culturales; existen otros como las ciudades mineras. Cita el autor aquí especialmente a Potosí. Explica, que Potosí alcanzó casi doscientos mil habitantes en la mitad del siglo 16, y era más grande que cualquier ciudad europea de la época. Esto en una altura de cuatro mil metros sobre el nivel del mar, de difíciles comunicaciones y abastecimiento. Considerando el autor como la obra más grande de la conquista, el hecho de haber fundado hasta fines del siglo 16 cerca de doscientos poblados. El siglo 16 fue el de las funciones de ciudades españolas en América, con su carácter típico de centro administrativo, religioso, de comercio, minería, o simple centro de atracción natural de una región. Se basa para este capítulo en las anotaciones de Juan López de Velasco.

Se refiere el autor luego a las ciudades precolombinas, especialmente a Cuzco. Destaca que el límite natural y cultural del bosque en el oriente

ha sido respetado tanto por los incas como también por los españoles. Describe el ambiente natural de los altiplanos incaicos y su economía, y luego las ciudades en los oasis de la costa.

Llega el autor a la conclusión de que la introducción de medios de transporte europeos era indispensable para la fundación de ciudades españolas, que además se realizaron sobre la base de tres principales animales domésticos: caballo, ganado vacuno y el burro, y una producción agrícola suficiente para alimentar la población urbana. Se resolvió este último problema —el más grave— con el sistema de la encomienda, de acuerdo con el concepto de los pueblos colonizadores europeos de la época. Es este sistema, que describe el autor ampliamente, la base de la economía suramericana de la Colombia. Analiza Wilhelmy porqué los españoles no realizaron una colonización agrícola como base para sus nuevas ciudades.

Estudia luego los problemas de la población, o sea su estratificación social, empezando por los conquistadores mismos. A fines del siglo 16 no había más de 180.000 españoles en toda la América hispana, y que no habían venido a trabajar, sino en busca de los tesoros de los Incas y Chibchas. En una colonización agrícola-española nunca se hubo pensado, porque además era imposible. No vinieron los españoles con familias, sino hombres solos, lo que favoreció altamente el mestizaje. El elemento negro se limitó al norte y noreste del continente. Carlos V fijó una cuota de importación de esclavos negros para las Antillas de cuatro mil por año. Calcula que en total llegaron unos tres millones de negros al Brasil, y cerca de un millón a las regiones españolas. Explica en este capítulo también el intento alemán de los Welser y Fugger de participar en la explotación del continente.

Estudia más adelante el autor la ciudad colonial española, y destaca una vez más las ventajas que llevaban los portugueses a los españoles, debido a su ya larga experiencia en las regiones tropicales de Africa y Asia. Sostiene, que la casa colonial con corredores exteriores fue llevada al Brasil por los portugueses, y desde aquí se extendió al través de toda Suramérica. Para los españoles todo era nuevo. Desde los tiempos romanos no ha habido fundaciones sistemáticas de ciudades en la Península. Sostiene Wilhelmy, que el ejemplo del plano clásico romano del tablero de ajedrez, sirvió a los españoles para trazar las nuevas ciudades, y que coincidió a veces, como en el caso de la ciudad de México, con la vieja planificación indígena; pero no tuvo su origen en ella este sistema fue el obligado por las leyes de Indias desde 1523. Hace el autor una comparación de las indicaciones de Felipe II sobre la fundación de ciudades con las del clásico romano Vitruvio, cuya obra se editó de nuevo en 1550 en España. Analiza la gran influencia que tuvo el Virrey Francisco de Toledo en la ejecución de la reducción general sobre la distribución de la población en el Perú, y sus edificaciones. Como características administrativas de las ciudades coloniales americanas anota el autor, que se gobernaban de acuerdo con el ideal teórico y medioeval de Tomás de Aquino, y a la vez su dueño y señor era el Rey de España,

que les concedió grandes favores, para poder ejercer y extender desde ellas su dominio sobre las nuevas tierras. En seguida dedica el autor un capítulo al acta de fundación, y el subsiguiente desarrollo del plano de la ciudad a través del barroco hasta el actual concreto reforzado y estilo norteamericano. Un imperialismo Laico con las mismas características que el moderno, y un fanatismo religioso medioeval se unieron en el Imperio Colonial Español para edificar en iglesias y conventos maravillosos monumentos arquitectónicos como expresión de su fuerza y poder. Viene luego una descripción de las casas de esta ciudad, que tiene su origen en la romana. Dice el autor, que el plano de una casa colonial y el de una casa Pompeya son idénticos; pero el material de construcción, el adobe, es indígena. Describe en seguida detalladamente la transformación de la casa familiar y su influencia sobre la familia y la sociedad moderna en las ciudades.

Después de estas observaciones generales y continentales del autor, que son el punto de vista bajo el cual analiza adelante la historia y características de las ciudades, se dedica a describir principalmente las ciudades capitales de los países suramericanos. Empieza con Caracas, la cuna de la libertad. Quito, ciudad de los indios del altiplano. Lima, metrópoli de un imperio colonial. Bogotá, la Atenas de Suramérica. La Paz, ciudad por encima de las nubes, Santiago y Valparaíso, ciudades hermanas del Sur. Buenos Aires, fracaso de la primera fundación. Asunción, la madre de las ciudades de las llanuras bajas del Oriente. La segunda fundación de Buenos Aires, y Buenos Aires como la portada sobre el estuario de La Plata. La Asunción de hoy, una ciudad tranquila del interior; y Montevideo como la capital más joven de la Suramérica española. Cada uno de estos capítulos está ilustrado con mucho material fotográfico, planos, mapas y análisis de fuentes históricas y actuales, que hace del presente libro una fuente de información tan vasta como imposible de analizar en un corto comentario.

El capítulo que se refiere al caso de Bogotá y Colombia, es algo deficiente, ya que el autor no conoció el país cuando escribió el libro. Es especialmente Colombia —país de ciudades— un caso típico de la América Tropical, donde un mosaico geográfico-climático ha producido un regionalismo múltiple, fuerte y natural con sus respectivas ciudades capitales. Las ciudades del sur del continente que conoce el autor por propia experiencia están muy bien captadas y descritas.

La segunda parte del libro la dedica el autor a las ciudades y paisajes urbanos del Brasil. Después de una interpretación histórico-geográfica del país, describe a Pernambuco, como la Venecia del Brasil. Bahía, la vieja capital. Río de Janeiro, como urbe mundial tropical, San Paulo, el corazón del Brasil. Santos, como el puerto del Brasil, sin olvidar otras importantes ciudades que están incluidas en los respectivos capítulos regionales.

Se trata de un libro interesante y discutible con mucho material recogido y trabajado por el autor, y con conclusiones originales y representa una valiosa contribución a la literatura geográfica sobre Sur Amé-

rica; pero sólo representa una parte del continente —la más conocida—, sus ciudades capitales. Por lo demás sobre-estima el autor la influencia europea en la América tropical actual, y muchos de sus problemas más vitales: los del capo, del indio y mestizo, del campesino autóctono, el contraste de la vida de ellos con la de las ciudades cada vez más fuerte y problemático, ni se ven; ni se entienden a través de sus ciudades.

En resumen: se trata de un valioso libro sobre uno de los tantos aspectos de Sur América, escrito por un sagaz observador europeo referente a una época dominada por los europeos; pero esto no es la síntesis de este continente, ni la puede ser, porque todavía no existe; lo que desde luego no resta mérito a este libro.

Ernesto Guhl.

●

PEREZ ARBELAEZ, ENRIQUE. *Recursos naturales de Colombia*. Su génesis, su medida, su aprovechamiento, conservación y renovación. Dificultades naturales de Colombia y lucha contra ellas. Bogotá, Imprenta del Banco de la República, 1953.

El doctor Enrique Pérez Arbeláez, una de las inteligencias mejor organizadas de Colombia, trabajador infatigable que cuenta ya con una bibliografía numerosa, ha comenzado a dar a conocer los primeros dos capítulos de su nuevo libro cuyo título encabeza esta reseña. La entrega que comentamos consta de una introducción de veintiséis páginas y dos capítulos: *La posición continental*; *El mar* y *Los límites terrestres y la forma*, en ciento veintiocho páginas.

La edición de sólo dos capítulos obedece al interés del autor de que los conceptos que omite sean discutidos y sobre todo sirvan a todos los interesados en la materia y segundo para facilitar la impresión. El libro completo se editará y estará al alcance del público interesado.

Pérez Arbeláez comienza por definir lo que él entiende por Recursos naturales: “son aquellas realidades originadas por la Naturaleza en génesis secular y de las cuales dependen en sustento, el bienestar y la cultura material de los hombres” (pág. XI). Hace un análisis de los recursos naturales destructibles y los indestructibles, de la correlación hombre-ambiente, de los naturalistas que han estudiado nuestro suelo; habla claramente de los problemas fundamentales que atañen a la nacionalidad y a la patria. Sin evasivas declara nuestra posición frente a otras potencias y las armas que utilizan para seguir usufructuando nuestros recursos naturales mientras el hombre colombiano sigue de espaldas a todo este drama. “El arma más efectiva usada por los imperialistas para retener sus colonias ha sido mantener en los pueblos la convicción de su incapacidad. Incapacidad intelectual para resolver sus problemas vitales, inca-

pacidad de su medio para sostener hombres altivos, suposición de peligros en el derecho a nacer, ayuda técnica que amortece el vigor investigativo propio... Y lo peor es que este sentimiento esclavizante tiene en nuestros países una poderosa quinta columna empeñada en devaluar y coartar la ideología, las costumbres, el ambiente y los derechos a disfrutar la vida criolla. Así el desconocimiento del trópico, su vilipendio, ha conducido al desprecio de los que en él nacimos" (pág. XVI). En la introducción el autor a la vez que científico se presenta como colombiano ansioso de que su patria mire más atentamente sus problemas aún fáciles de remediar y endilgue sus esfuerzos a cuidar y aprovechar los recursos naturales que posee. Con razón dice: "Conocer a Colombia es quedar dulcemente prisionero en su problema y en su embrujo. Hasta tal punto penetra en el alma esa patria así vivida, analizada y escudriñada que a veces nos acobarda y uno quisiera huir de ella, no para negarle estudio, vigiliias y trabajo, sino para sentir menos las dificultades extrínsecas a su investigación científica; indiferencia, falta de apoyo, asfixia de incomprensión" (pág. XXIV). ¿Cuántos colombianos no sienten de igual manera aquella angustia y podrían firmar el párrafo anterior?

El primer capítulo: *La Posición Continental, el Mar* lo trata el autor en noventa y seis páginas; para hacer resaltar la importancia de la materia tratada bastaría dar el índice de los 63 acápites en los que divide la materia tratada. Por todos los métodos golpea y reclama una tradición marinera que está de acuerdo con nuestra realidad geográfica. El Mar de las Antillas y el Océano Pacífico son un grito peremne para que una marina colombiana surque sus mares, extienda su comercio y lleve su riqueza a otros puertos.

Presenta la clara diferencia entre tierras tropicales y tierras templadas, las primeras sin las cuatro estaciones climáticas y las segundas con el tiempo bien demarcado; analiza el criterio de diferentes autores respecto al trópico y hace la defensa de éste. "Lo que sí se requiere para reivindicar el trópico es darle su trato específico y vivir en él sin prejuicios. Y esa ha sido la falta del hombre blanco en la zona tórrida: quererla criticar con las normas de su propia tierra de origen, con persuasión de propia superioridad. Cuando se haga popular el aprovechamiento de la energía solar, el trópico estará en manifiesta ventaja" (pág. 10).

Dedica varias páginas a este tópico y analiza las ideas expresadas por geógrafos de reconocida fama como Willy Hellpach. Los adversarios del trópico no vacilan en afirmar fundados en concepto erróneos que "... El trópico es la zona colonial por excelencia, del trabajo para otros y de la economía dependiente. El trópico es la zona del pensamiento secuaz" (págs. 12-13). Claro que Pérez Arbeláez con criterio científico y no de polémica analiza las ventajas y las dificultades de las tierras tropicales, lejos de él presentar como un paraíso lo que apenas es una realidad geográfica. Así dice: "Que el calor del trópico sea inepto para las labores del pensamiento no deja de ser una pequeña cobardía. Es verdad que la facilidad con que el trópico cálido rinde sus frutos al hombre, ayuda a la molicie. Pero no incapacita para el trabajo como lo experi-

menta quien haya presenciado la labor de los grupos bien alimentados, educados y ambiciosos de las poblaciones tropicales, por morenas que sean" (pág. 13). De una manera inteligente hace recaer los males del trópico en las formas de gobiernos, en los medios de explotación, en el interés económico de los grandes estados que necesitan explotar el trópico y no hacerlo progresar, en sus hombres que aún no han aprendido a pensar por sí mismos y encausar mejor sus fuerzas productivas. El autor dice: "Muchas veces, en este libro, volveremos a la consideración del trópico, ponderaremos sus ventajas y sus dificultades. Pero siempre llegaremos a la conclusión de que la zona tórrida debe sus males a la subordinación y el exotismo mental de quienes lo manejan" (pág. 13).

Luego el autor entra a analizar la conquista de Colombia, el carácter de la conquista, las penalidades de los viajes desde España a América y sugiere que tal vez estas dolencias, estas angustias, esta vida influyó en el ánimo de los primeros conquistadores para no pensar más en la vida marinera. Los sufrimientos en los barcos de travesía eran tales que lo único que ambicionaban una vez llegados a tierra era olvidar aquellos días aciagos. Dice al respecto: "El navegante de la época conquistadora iba por túneles de pena, de relámpago en relámpago, buscando un día de libertad y prosperidad. Cuando esos hombres saltaban a tierra, habían aprendido la lección de la violencia, de la codicia, del desprecio a la vida y a la ajena esclavitud. Después de aquellos viajes, los que aún quedaban con vida, veían los mundos como botín merecido, como descubrimiento de oportunidades egoístas, como reclamo de su propia faltriguera. La religión no era, para la mayoría, sino una superestructura de la política, un título para tropellar los derechos más elementales" (pág. 17).

Presenta a la conquista como lo que realmente fue, una guerra de conquista, un afán de lucro, una ambición de gloria. Con sus propias palabras: "Por eso concluye que el descubrimiento de Colombia tuvo por móvil constante y general sus enormes recursos naturales no ya como equipo para larga trayectoria civilizadora, sino como despojo puesto a la altura de la boca y al alcance de las uñas. Fue, si se quiere, un choque entre dos barbaries. La edad de oro española no se veían sino desdibujada detrás de esa cortina ensangrentada por la navegación y la difícil penetración de las tierras" (pág. 18).

El autor estudia detenidamente el problema de la creación de dos grandes puertos internacionales para Colombia, uno en el Atlántico y otro en el Pacífico; llama la atención que no se deben fragmentar los presupuestos para hacer cada departamento el suyo propio, porque así lo único que se logra son pequeños embarcaderos que no solucionan el problema nacional de la exportación. Refiriéndose al Caribe señala sin timideces los inconvenientes que presenta Barranquilla y después de analizar a espacio el problema concluye: "...Barranquilla es mal puerto marino. Peligroso, incierto, reducido en su entrada, costoso para la nación, problemático para el futuro, mediocre en su presentación, regular en sus servicios" (pág. 31). Presenta serena y concienzudamente la solución definitiva del problema. Pero es urgente para la nación decidir

de una vez por todas cual de las tres ciudades Cartagena, Barranquilla o Santa Marta será su puerto definitivo con el fin de dotarlo con toda la técnica moderna que necesita un puerto internacional.

Analogamente al analizar la Costa del Pacífico dice lo que representa humanamente este litoral, con poca densidad de población donde apenas en Tumaco y Buenaventura bulle la nacionalidad. El mismo razonamiento de buscar y dotar un puerto con carácter de nacional, y Pérez Arbeláez que ha recorrido esa costa y conoce personalmente el problema aboga por la bahía de Málaga que cuenta con condiciones técnicas superiores a todas las demás y donde a su juicio debe ubicarse el puerto de Colombia en el Pacífico.

Sobre este Océano del futuro hace disquisiciones inteligentes sobre el porvenir de Colombia con la posesión de este mar hacia donde se desplaza la historia contemporánea. Estudiosos de la geopolítica le han asignado los grandes acaceres históricos en el futuro próximo. Pérez Arbeláez enfoca así el problema de Colombia en su costa pacífica: "En frente de las costas colombianas del Pacífico se tiene la mayor área oceánica del planeta, la cultura estagnante más dilatada del mundo. Y esa distancia o fosa de aislamiento se refuerza con una mayor barrera de diferencias, en lenguas, en religiones y en prejuicios. Nuestras afinidades raciales están descuartizadas. Los tres elementos étnicos que componen a Colombia: europeos, indios, negros, originarios de tres continentes sólo pueden hallar su rumbo cultural en una amalgama de sensibilidad que sólo se obtendrá en futuro lejano, mediante un conocimiento de vanguardia y una comprensión precursora. En nuestro pueblo existe la aspiración expresada y la aspiración recóndita. Aquélla actúa, ésta frena; aquélla nos lleva hacia un continente, ésta a los otros dos originarios; aquélla es iluminada, ésta ciega y que no sabe orientarse. Por eso sólo hallaremos el camino de nuestra consolidación cultural específica cuando hayamos comprendido, asimilado, depurado mediante las avanzadas de la inteligencia, las civilizaciones remotas de Africa y de la Malasia y cuando por medio del estudio sociológico y folklórico investiguemos lo que aún permanece en el fondo de las almas de nuestras gentes" (pág. 44).

Otro de los temas tratados y que más nos han llamado la atención es la pesca, fuente de riqueza, escasamente explotada por los colombianos, pues, a pesar de poseer dos mares la pesca como industria está en pañales. El autor dice: "La pesca en el mar es recurso tan importante que sus orígenes, sus adelantos y extensión se confunden con los de la misma humanidad; tan a la mano que las comunidades más rudimentarias la practicaron; tan precioso que, como dijo Franklin, quien saca un pez, levanta del suelo una moneda sin dueño" (pág. 65). Y más adelante: "Vecinos del mar, somos un pueblo casi exclusivamente terrícola. Adelantáos en cultivos agrícolas, manejamos el mar con criterio que corresponde a los estudios más elementales de la civilización: el nomadismo y la vida selvática que tiene uno y otra este denominador común: creer que vivimos de lo inexhaustible" (pág. 73). Presenta todas las dificulta-

des y analiza al porqué el pueblo colombiano aún no ha explotado esta industria y la manera como se debe subsanar este error.

Trata de los diferentes recursos que producen nuestros mares como las perlas de la Guajira y el nácar de la misma región. Analiza muchos de los fenómenos sociales de nuestras costas como el contrabando que al autor le merece este comentario: "Para todo da el contrabando: riesgos, cohechos, ganancias, desmoralización, escondite. Para todo, menos para formar un pueblo honesto. Toda la costa entre Cartagena y la Guajira; la próxima a Turbo; la que se acerca a Buenaventura y la de Tumaco, son los escenarios del contrabando marítimo" (pág. 88).

Este capítulo del mar tan bien tratado por el autor remata con nueve recomendaciones que el Gobierno y el pueblo de Colombia deben tener en cuenta para robustecer su economía y mejorar la alimentación; es algo que todos los colombianos deben leer para ser conscientes de lo que tienen y de lo que deben hacer.

El segundo capítulo *Los Límites Terrestres y la Forma* analiza el problema de límites de Colombia con sus apises aledaños Venezuela, Brasil, Perú, Ecuador y Panamá. Hace notar como la frontera viva, anhelo de todo país que tenga conciencia geográfica, solamente abarca un angosto trecho en la frontera con Venezuela en lo que corresponde a los municipios de Cúcuta, Rosario, Ragonvalia y Herrán, y en la frontera con el Ecuador en los municipios de Cumbal, Carlosama e Ipiales, en el resto de los límites no existe la frontera viva. Como bien lo anota, los límites de la Orinoquia y la Amazonia están poblados en su absoluta mayoría por indígenas no incorporados a la nacionalidad y denuncia unos de los problemas urgentes por resolver en los años próximos. El autor dice: "El mayor retraso de tales regiones es hallarse pobladas en su mayoría por remanentes de poblaciones indígenas, mal asimiladas a las nacionalidades, menos responsables, cuya pobreza, cuyo ánimo y psicología se infiltran hacia las poblaciones blancas englobadas en ellas: raralipómenos de la conquista; restos náufragos de la absorción europea" (pág 98). Analiza uno a uno todos los problemas fronterizos y hace resaltar que a lo largo de la frontera se va tropezando con un cordón de culturas aborígenes con diferentes problemas los que debe resolver el Estado Colombiano para guardar mejor la integridad de la patria. La sola enunciación de la mayoría de las culturas aborígenes pone de presente uno de los problemas vitales con que tiene que enfrentarse la nacionalidad. La afirmación de este concepto y la comunión de estos principios requieren de antemano solución a problemas elementales como educación básica para formar parte de la sociedad colombiana; participación de una psicología común que sólo se consigue cuando las formas culturales sean las mismas y los individuos hablen el mismo idioma. Esto significa que Colombia debe trabajar intensamente para incorporar a no menos de medio millón de habitantes a la vida activa del país. Por todos los medios llama la atención para que el instinto fronterizo de Colombia permanezca despierto y las fronteras de la patria incólumes.

Estos dos primeros capítulos de *Recursos Naturales de Colombia* cons-

tituyen un aporte a la investigación científica; alientan a quienes en uno u otro campo tratan de contribuir al mejor conocimiento de esta patria; inyectan una dosis de optimismo a quienes hemos nacido en el trópico; rectifican multitud de errores que aprendimos de los portavoces de credos e ideas alimentados en otras latitudes; contribuyen a afianzar la personalidad y templan la voluntad para buscar la ciencia que libera de coyndas extrañas y hacen sentir a Colombia en toda su plenitud.

Cuando el doctor Pérez Arbeláez nos haya entregado los diez y siete capítulos de que constará *Recursos Naturales de Colombia*, tendremos frente a nosotros una verdadera geografía de este país con todas sus ventajas y todos sus problemas para que sus hombres se enfrenten a esa realidad y avisen de manera certera el porvenir de este pueblo.

Sinceramente recomendamos su lectura a quienes quieran asomarse al conocimiento exacto de la realidad colombiana.

Milciades Chaves

PULGAR VIDAL, JAVIER. *El Curí, Cuy, Sucuy, Cuye, Jaca o Conejillo de Indias en Colombia*. Bogotá. Editorial del Ministerio de Agricultura de Colombia. Noviembre 1952.

El doctor Javier Pulgar Vidal, Jefe del Fichero Científico Agropecuario del Ministerio de Agricultura de Colombia, ha escrito una monografía sobre el Cuy. Consta de treinta capítulos en los cuales analiza el tema desde diferentes enfoques. Su lectura deja la sensación de que el autor ve en este roedor la panacea para solucionar los problemas alimenticios de Colombia y por extensión de otros países tropicales como el Ecuador, Perú y Bolivia. Anota todas las ventajas que proporciona este animal y clama por todos los medios para que se difunda su cría y consumo en todo el territorio del país. Sin embargo, denota también una gran superficialidad que casi raya en raciocinio infantil para encontrar la solución a problemas muy serios con la sola cría de cuyes. En ninguno de sus capítulos ahonda en el problema sino que trata todos sus apartes en forma de una crónica de viaje observando aquí y allá la actitud de los habitantes de Colombia frente a este animalito en el que el doctor Pulgar Vidal cree encontrar tanta virtud, tanta potencialidad y tanto valor.

Vamos a presentar unas glosas sobre los puntos más protuberantes a este trabajo de 206 páginas. Quizá los errores que anotamos tengan su excusa atendiendo al breve tiempo en el que fue elaborada esta monografía, escasos tres meses.

El trabajo que comentamos comienza con un mapa sobre la distribución actual y pretérita del cuy en Colombia. Inmediatamente después de examinar este mapa de distribución se puede observar que está equivocado en lo siguiente:

1º—No hay cuy en Antioquia.

2º—Es muy escaso en Caldas.

3º—No existe en el Valle del río Magdalena.

4º—El área actual de crianza está mal delimitada, existen extensas áreas donde no hay cuyes, especialmente en las tierras calientes.

5º—El área actual de crianza y consumo intenso es la única que se acerca a la verdad pero también está mal delimitada.

6º—La delimitación del área pretérita de cría de cuy, y consumo intenso es absurda y refleja la opinión personal del autor. No está de acuerdo con la realidad de los hechos. No hubo cuy en la Guajira, la Sierra Nevada de Santa Marta, en la mayor parte de la Costa Atlántica y en la Costa del Pacífico. No se puede admitir que la cría de cuy llegó hasta el límite político en la costa de Nariño. No hay fundamento para poner el Trapecio Amazónico como zona donde hubo cría de cuyes y no sus regiones aledañas de idénticas características ecológicas y culturales.

7º—Las zonas del mapa han sido arbitrariamente fijadas sin tener en cuenta los aspectos geográficos, físicos y culturales como lo demuestra la línea divisoria entre las áreas I y III que en los Departamentos de Caldas, Antioquia y Bolívar separa regiones físicas iguales y culturalmente unitarias.

La primera afirmación de que en Ipiales en el mes de septiembre se consume un millón de cuyes también está equivocada. El autor dice: "La presente monografía sobre el Curí o Cuy en Colombia se comenzó a escribir el 10 de junio y se acabó el 15 de septiembre del mismo año, mes en el cual cerca de un millón de curíes son sacrificados para atender a los peregrinos que de toda la América acuden a Ipiales a venerar a Nuestra Señora de Las Lajas" (pág. II). Un millón es una cifra respetable. En el supuesto de que se consumiera la existencia total de cuyes de Ipiales y sus tres municipios limítrofes Potosí, Pupiales y Aldana, admitiendo además que toda casa rural cría 20 cuyes en promedio, apenas llega a la cifra de 40.624 ya que el número de casas de habitación rural es de 6.757 según el censo. Pero como es imposible que se venda la existencia total y apenas es lógico admitir que acontezca con la tercera parte o sea 13.208 cuyes que corresponde a un consumo diario de 440 cuyes en promedio, cifra que puede acercarse a la realidad. ¿Dónde conseguir el millón de cuyes que en el mes de septiembre se consume en Ipiales? Además si admitiéramos lo del millón de cuyes necesariamente se debe aceptar también que en el mes de septiembre hay una transacción de \$ 3.200.000.00 en la sola venta de cuyes, pues, el autor asigna el precio de \$ 3.20 por cada cuy en dicha ciudad (pág. 88). Según esto la feria de cuyes en Ipiales rebaza el monto transaccional de una feria de ganado en cualquier plaza del país. Y esto si ya es difícil creerlo.

En el primer capítulo, el doctor Pulgar Vidal hace la siguiente afirmación: "Según las crónicas relativas a la conquista de la Sabana de Bogotá, las huestes de Gonzalo Jiménez de Quesada, que vivieron durante dos años en el viejo pueblo de Tibsaquillo, degollaban aproximadamente

cincuenta venados y *quinientos curies* cada día. Una sencilla operación aritmética indica que aquellos españoles y sus tropas auxiliares comieron, más o menos, trescientos sesenta mil curies en el indicado lapso, lo que no habría sido posible si en todas las casas de la Sabana de Bogotá, no los hubieran criado en gran número” (pág. 2). Con la misma lógica se colige que debieron consumir 36.000 venados. ¿Dónde se le habrá quedado el criterio etnohistórico? Cómo compagina aquella afirmación también de los cronistas que la caza de venado estaba adscrita únicamente a gentes de alto rango. Que el consumo de venados fue de 18.000 por año, además de los que seguían alegremente la vida en la Sabana es cosa que no le van a creer los que se dedican a la zootecnia.

En el capítulo IV, al referirse a las variedades del curí dice: “1) ALLGUJACA. Son los de mayor tamaño y peso que se conocen en la América del Sur. Etimológicamente su nombre quiere decir el curí-perro. Esta manera de llamarlos no habla mucho a nuestra imaginación porque ya no existen perros destinados a la alimentación humana; pero en la época prehispánica, era común la crianza de una especie de mamífero, hoy desaparecido, al cual los indios llamaban *cúchito* y los españoles apodaron perro mudo, en atención a que parecía perro pero no sabía ladrar” (pág. 14). Esta cita sugiere que los cuyes de mayor tamaño son los mismos perros mudos de que hablan los cronistas, pero esto hay que descartarlo por falta de claridad y por falta de realidad. Tampoco dice de donde tomó los datos anteriores. Al tratar de la influencia del clima sobre el curí recoge la versión de que los cuyes llevados de clima frío a cálido dan crías de menor tamaño y viceversa los llevados de clima cálido a clima frío los descendientes aumentan de tamaño, sin embargo, a renglón seguido dice que la explicación de este fenómeno observado por la gente sólo se reduce a la caída del pelo o la cría de pelo. Francamente que anotaciones de esta categoría despistan más que aclaran los problemas. Porque si no ha podido comprobar nada al respecto ¿para qué mencionar el dicho popular frente a un problema cualquiera?

En el capítulo V da una serie de nombres de municipios, corregimientos y veredas sin discriminación ninguna en los que se encuentra cría de cuyes, pero esta lista no es completa, de manera que tampoco es un dato que sirva de mucho. Conocemos muy bien los Departamentos de Nariño y Cauca, y allí faltan muchos municipios, corregimientos y veredas. Parece que los nombres son únicamente los que el autor pudo visitar en su viaje y los pone con la afirmación rotunda de “lugares de Colombia en que actualmente existen curies domésticos” (pág. 24). La mayoría de sus afirmaciones son tan generales y sin ninguna base que no aportan nuevos conceptos al conocimiento científico del cuy. Por ejemplo, en la página 31 afirma: “En el departamento del Valle se cría y consume curí en forma ordinaria pero ya empieza a disminuir”. No sabemos qué entiende el autor por forma ordinaria porque hemos averiguado a varios individuos del Valle del Cauca y nos han afirmado que nunca han comido curí en su vida.

Tiene apreciaciones que a veces tienen más colorido de gracejo que

de asunto serio. Al referirse al consumo del cuy en Nariño dice: "Todas las fiestas familiares; las solemnidades cívicas o patrióticas; los acontecimientos familiares trascendentales, como los bautizos, las primeras comuniones, la iniciación del noviazgo, el matrimonio, el sepelio; todo, se asocia al *cuye asado*" (pág. 35). En primer lugar en el Departamento de Nariño está la costa donde no se crían cuyes, aquello de la iniciación del noviazgo parece que el autor hubiese realizado una investigación etnográfica del Departamento de Nariño y ha encontrado que esta norma cultural es fija. La curiosidad nos mueve a preguntar cuando se inicia el noviazgo, existe un ritual preciso al que va añejo el cuy asado? Verdad que en Nariño se consume cuy pero no en la exageración que el autor la presenta.

Al referirse al consumo en Antioquia dice: "En el Departamento de Antioquia, todos y cada uno de los pueblos consumían curí..." (pág. 36) pero nuevamente no dice en qué basa su afirmación.

Al referirse al consumo del cuy en el extranjero afirma: "Al sur de Nariño, pasando por el Ecuador, Perú, Bolivia y norte de la Argentina, el consumo del curí está muy generalizado, a tal extremo que se puede sostener que los campesinos de esos países disponen de una alimentación más nutritiva que los vecinos acomodados de las ciudades" (pág. 53). Estas afirmaciones que huelen a sociología tampoco tienen fundamento alguno porque no prueban nada; ¿desde cuándo se puede afirmar que el campesino del Ecuador, Perú y Bolivia está mejor alimentado que el vecino acomodado de la ciudad? ¿Dónde las estadísticas, qué autores serios corroboran esto?

En un capítulo que trata sobre los Enemigos del Curí da la siguiente lista con su explicación muy de acuerdo con la índole del libro: araña zancona, comadreja, la culebra, la mosca azul, paltacara, perros y gatos domésticos. Varios de estos animales el autor no los conoce y su afirmación apenas se basa en los informes de algunos de los campesinos a quienes interrogó en su rápido viaje.

En el capítulo X "El Curí y las Enfermedades Humanas" da varias versiones, todas sumamente superficiales sin ninguna prueba, dice: "En las tierras frías de Nariño se cree que el curí contribuye a mantener enfermos por largo tiempo a los palúdicos. Se dice además, que es un animal muy "fresco" y que por tal motivo aquellas personas atacadas de paludismo no deben comerlo asado porque les "rebota el frío" en cambio; si lo comen guisado les hace mucho bien porque es gran alimento" (pág. 82). Esto es todo lo que se refiere al paludismo en relación con el cuy. Además, es inexacta tal afirmación, porque la creencia es que el cuy asado es un buen indicador para saber si el enfermo se ha curado radicalmente o no, si al comer cuy asado quien estuvo enfermo de paludismo no siente los síntomas palúdicos está plenamente restablecido. Por otro lado no se saca ninguna conclusión de la relación cuy-paludismo que sugiere el título tratado.

Merece especial atención el capítulo XI. "El curí y otros animales do-

mésticos”, porque en él el autor da vuelo a la fantasía y presenta cifras a base de cálculos sin ninguna base en la realidad. Así afirma que en la meseta Cundi-boyacense se pueden criar 15 millones de curies por año con 15 millones de libras de carne de curí por año. Lo que no nos explicamos para qué esta fantasía y este cálculo si no da la idea de cómo establecer la cría de cuyes, de cómo establecer la costumbre de comerlo; de cómo librar la campaña para la aculturación del hábito de comer carne de cuy? No obrando sobre realidades y empresas viables ¿para qué dichos cálculos? Con idéntico método llega a la conclusión de que en el Departamento de Nariño se produce anualmente 12.300.000 cuyes a base de cálculos de que en Nariño hay 82.000 familias, que cada familia cría diez hembras y un macho; y que la hembra del cuy da tres crías en cada parto, y que tiene cinco partos al año. Con una lógica tal podríamos demostrar cualquier cosa hasta que la base de alimentación de Nariño es el cuy. El autor no toma en consideración que el consumo intenso de cuy sólo se hace en el altiplano y que disminuye en sus tierras bajas y que en la costa no se crían cuyes. Además que hay que descartar la cría en las ciudades de Pasto, Ipiales, Túquerres, La Unión y La Cruz, y que no existen en Tumaco ni Barbacoas.

Esta monografía del cuy llega hasta dar las “recetas de cocina a base de curí” (pág. 105). Picante de cuy; cuyes chactado; shihuayro de cuy; coris de chau-chau; cuye asado; guisado de cuye; caldo de cuye; cuye frito, son los diferentes platos que se pueden preparar a base de cuy, según el autor. Todo está bien pero nos preguntamos, esto es un libro de recetas de cocina o una monografía que trata de ser seria.

En los capítulos *El Curí en las relaciones sociales* y *El Curí en el Folklore*, trae relaciones muy pintorescas; así cuando refiere la manera como el nariñense trata al curí dice: “De tal manera estiman los nariñenses a los cuyes que los tratan con un respeto casi humano. No hablan de ellos como de animales sino como de personas. Así en los mercados de los pueblos donde compramos cuyes, cuando pedíamos una hembra y dos machos o al revés, nos respondían: *dirá Ud. una mujer y dos varones... o un varón y dos mujeres*” (pág. 125). Francamente que nunca hemos oído tales expresiones en veinte años de vida continua en ese Departamento y en repetidas visitas anuales, quizá le dijo algún campesino por tomarle el pelo y el autor creyó verdadero el gracejo.

En el capítulo *El Curí en la Toponimia* llega a conclusiones fantásticas sin que en ninguno de los casos cite la bibliografía o los hechos en los cuales fundamenta sus conclusiones. Mostraremos un solo ejemplo: “Sin ánimo de exagerar la interpretación toponímica, sugerimos que quizá la voz Guacarí sea una modificación Guacurí, que a su vez procederá de Guagaycurí o sea *donde llora el curí*, nombre muy adecuado para designar un lugar en el que abundan dichos animales” (pág. 128). Este análisis lingüístico carece de seriedad científica, pues, la etimología es una ciencia precisa que se basa sobre formas exactas y no en adaptaciones aproximadas en español y en segundo lugar en la historia del idioma, pero como no hay historias de los idiomas aborígenes de América, no hay etimología

científica excepto entre dialectos muy semejantes o en condiciones excepcionales de vecindad y préstamo.

En síntesis: la monografía sobre el Cuy es un trabajo que a nuestro juicio adolece de las siguientes fallas.

a) Las citas bibliográficas que aparecen en el texto no mencionan ni la obra ni la página de donde fueron tomadas.

b) No se ajusta en su metodología a las normas científicas de investigación y por consiguiente no prueba las afirmaciones que hace; y

c) Tiene escaso interés científico ya que sus conclusiones se basan en vagas inferencias o presunciones.

Milcíades Chaves.

●

EDUARDO FLEURY CUELLO. *Estudio Antropométrico de la Colección de Cráneos Motilones*. En Separata de la Memoria de la Sociedad de Ciencias Naturales La Salle. Nº 34. Tomo XIII. Enero-abril, 1953. Caracas (Venezuela).

Hemos recibido un interesante estudio, del doctor Eduardo Fleury Cuello, miembro correspondiente de la Sociedad de Ciencias Naturales La Salle. Se refiere al estudio antropométrico de 19 cráneos, encontrados en la expedición realizada por la mencionada Sociedad, en el año de 1947 a la región de Perijá (Sierra de Perijá), en cementerios presuntamente indígenas, situados cerca del poblado de Ayajpaima, en el valle del Río Negro, como dice el informe relativo al hallazgo, que le fue entregado al autor.

Dada la calidad informativa de este estudio y teniendo en cuenta que su autor, considerando el reducido número de cráneos estudiados, se limita a comparaciones de carácter provisional, por otra parte muy valiosas, nos limitaremos a la simple información, sobre las técnicas empleadas, el desarrollo y presentación del estudio; para información de los interesados en la materia, amén de breves comentarios sobre la denominación de los cráneos.

El trabajo fue elaborado por el doctor Fleury Cuello y su asistente, el doctor F. Enner, en el Laboratorio Antropobiológico de la Clínica Fleury Cuello, en Caracas (Venezuela).

El material estudiado, comprende 8 cráneos masculinos de adulto, 7 cráneos femeninos, 3 juveniles y 1 infantil.

La determinación de los sexos fue lograda, gracias a la aplicación de las normas clásicas de Rudolf Martin, basándose únicamente en las características anatómicas, por la ausencia de objetos de cultura material, de los cuales no se tiene noticia.

Para el estudio total, fueron seguidos, los esquemas comparativos, la sistematología descriptiva y las técnicas, tanto diagramáticas, como foto-

gráficas dadas por Rudolf Martin y solamente en contadas ocasiones, se apartaron de éstas, anotando el hecho.

De los supuestos cráneos "motilones", se tomaron las anchuras, longitudes, alturas y diámetros, calculándose los índices correspondientes, tanto craneales, como faciales. Se determinaron a su vez, la capacidad, arcos, cuerdas, ángulos e índices respectivos.

De éstos resultados se sirve el autor, para establecer comparaciones, con las cifras obtenidas en estudios de cráneos venezolanos de diversas localidades, hechos por Marcano, Virchow y Ernst, desde el año 1886 al 1893. De estas comparaciones, concluye que la mayoría pertenece a los mesocéfalos.

En seguida compara los resultados obtenidos en algunas medidas de sus cráneos "motilones", con las de otros grupos de América Latina, en localidades que llegan hasta la Tierra del Fuego, restando los grupos venezolanos, mencionados anteriormente. Estas comparaciones, pese al reducido número de grupos comparados y a la pobreza del material, no carecen de interés, para un futuro estudio comparativo de mayores proporciones, que abarque cráneos Americanos en suficiente número, como para esclarecer las interesantes teorías, sobre la raza Paleoamerindia de Lagoa Santa.

El trabajo está ilustrado con fotografías de ocho de los cráneos más caracterizados y en las cinco normas clásicas. Comprende también, las tablas correspondientes a cada una de las medidas obtenidas y sus índices respectivos, además los diagramas de los 19 cráneos en las normas principales. Termina con dos mapas muy simplificados, uno de Venezuela, en el cual localiza la Sierra de Perijá y otro de América, donde la misma Sierra es localizada, de acuerdo con los Trópicos y el Ecuador. Finalmente, presenta un croquis del cañón del Río Negro, a fin de señalar el sitio del hallazgo.

Respecto a la metodología y presentación del estudio, diremos que la labor merece nuestra mejor acogida. En cuanto a la denominación de los cráneos, no encontramos justificación clara, ni en el corto informe que acompaña el hallazgo, ni en la parte etnológica del trabajo, que aparece en la Memoria de la Sociedad.

Nos permitimos manifestar, que a pesar de que en la Sierra de Perijá, en cuyo territorio fue realizada la expedición, ha sido considerada por muchos autores, como el "habitat" de tribus denominadas "motilones", es necesario aclarar, que este nombre genérico dado a un conjunto de tribus vecinas y con "habitat" similar, está basado en la antigua costumbre de cortarse el cabello, tanto hombres como mujeres, como consta en crónicas de Conquista y Colonia. (Esta costumbre no incluye todos los grupos de la región mencionada, pues algunas tribus de la zona colombiana no siguen este uso y también se las ha denominado "motilones"). Pero esta denominación, basada solamente en una coincidencia cultural, no es argumento suficiente, para llamar así, todas las tribus habitantes de una región. Ni este hecho, ni la similitud lingüística (similitud que tampoco incluye todas las tribus, pues algunas de ellas,

no pertenecen a la familia lingüística "Karib"), reconocida por autores como Rivet, autorizan suficientemente para la denominación de tales tribus; toda vez, que la lingüística, sólo nos dice, pertenecen a determinada familia lingüística y no hace mención de características culturales que los identifiquen, como "motilonos". Es más, los grupos indígenas habitantes de la Sierra de Perijá, pertenecen a culturas bien diferenciadas, como lo anota el doctor Gerardo Reichel-Dolmatoff, en varios de sus trabajos sobre esos grupos, publicados en boletines y revistas, del Instituto Etnológico Nacional de Colombia (1945-47). Y aún admitiendo la identidad "motilonos", para las tribus que habitan actualmente el sitio del hallazgo (Yukos, según G. Reichel-D.) y aceptando que éstos indios, tienen la costumbre de cortarse el cabello y hablan una lengua "Karib", no podemos aún aceptar, que los cráneos encontrados cerca del poblado de Ayajpaima, sean "Cráneos motilonos", dada la ausencia de datos estratigráficos sobre el sitio del hallazgo y a la escasa información que nos da la noticia etnológica, sobre las circunstancias de tal descubrimiento (estado de los restos óseos, posición, orientación y clase de enterramiento), además de la falta de objetos de cultura material que acompañen dichos restos. Mientras estos datos no sean conocidos, nos permitimos muy comedidamente, dudar de la denominación dada a los cráneos, que tan cuidadosamente fueron estudiados, en el excelente trabajo antropométrico del doctor Fleury Cuello, de cuya lectura quedamos muy complacidos y a quien hacemos llegar nuestros mejores deseos.

Néstor Uscátegui Mendoza.

JAVIER ROMERO. *Los Cadetes del H. Colegio Militar. Estudio Biométrico.* En Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Tomo V. México, 1952.

En el volumen más reciente de Anales del Instituto de Antropología e Historia de México, tuvimos el placer de leer un estudio del antropólogo Javier Romero, referente a la biometría de un grupo de cadetes mexicanos.

El objeto de este estudio es, el establecer los caracteres corporales y funcionales, correspondientes al joven mexicano en estado saludable, tomando como referencia un grupo en óptimas condiciones higiénicas, a fin de seguir esas normas en estudios de mayores proporciones.

El material humano para la experiencia fue proporcionado por los cadetes del H. Colegio Militar de México, de los cuales fueron examinados 102 individuos cuyas edades fluctuaban entre los 18 y los 21 años.

De éstos, cuarenta fueron examinados en el Laboratorio de Biología Humana del Instituto Nacional de Antropología y el resto en el Labo-

ratorio Psicobiológico del H. Colegio Militar. Se tuvo en cuenta también el arma a la cual pertenecía cada uno, y su procedencia.

El antropólogo mexicano, inicia su trabajo con una breve introducción en la cual alude a las causas preparatorias de todo estudio de esta clase y en especial a las que le impulsaron a realizar el presente en México. En ellas, señala la importancia de un estudio antropobiológico en grupos de población, aplicando un nuevo criterio, encaminado a considerar la individualidad como consecuencia, no solamente del funcionamiento orgánico sino también del medio económico y social en que el hombre vive, criterio que demuestra un gran avance en los estudios de Biología Humana de México y un sano concepto de la realidad biológico-social.

Siguiendo el curso de la introducción nos encontramos con las interesantes consideraciones del autor sobre el concepto de aptitud física, que bien dice, debe estudiarse, teniendo en cuenta la finalidad perseguida por la investigación, ya sea médica, deportiva o bien para determinar la capacidad del individuo para cierta clase de trabajo. A este respecto dice, que no obstante los diversos puntos de vista, hay que considerar tres factores principales para la determinación de la aptitud física de un individuo, y son: Estructura corporal que permita el desarrollo de ciertas actividades; estado fisiológico compatible con dichas actividades y disposición y voluntad para realizarla, conclusiones que encuentro muy acertadas, pues abarcan las tres partes esenciales en la vida de relación de un individuo. Es también interesante observar el empleo del "Stept-Test" de Harvard o "Prueba de la Aptitud física", como la llama el autor y sobre la cual trata ampliamente en uno de los últimos capítulos del estudio.

El plan de trabajo se divide en cuatro partes: La primera de ellas se refiere al estudio antropométrico del individuo, con el fin de determinar su desarrollo muscular. Con este objeto se registraron, la estatura, peso, circunferencias torácicas, normal y máxima; capacidad pulmonar, índices de equilibrio morfológico, pelvis/hombros, vital y ponderal.

Para la estatura fueron tomados los datos y elaborada la tabla respectiva de acuerdo con el método de Martín. El peso fue registrado con dos básculas, una Jones y otra portátil a fin de dar un mejor resultado. Para el equilibrio morfológico se siguió el índice dado por el doctor Fernando Rosales, Jefe del Departamento de Antropometría del Instituto Nacional de Pedagogía, método, que, aparte de las objeciones que le hacen algunos autores de reconocida autoridad, es aún muy objetable, pese también a los resultados satisfactorios con él obtenidos en este estudio y no obstante su fundamento matemático, pues tratándose de grupos más numerosos que el estudiado, sus resultados no serán tan convincentes.

El segundo capítulo incluye el estudio de la aptitud física por medio del Stept-test: de la masculinidad y el tono muscular.

El Stept-test o "Prueba de la Aptitud Física", solamente fue aplicado a 40 cadetes, por circunstancias ajenas a la voluntad del autor. El capítulo respectivo trae una explicación detallada del método, demuestra su

interés cuando se trata de pruebas de trabajo físico forzado y presenta los resultados obtenidos. Estos resultados son comparados con los obtenidos por medio de la misma prueba entre cadetes aviadores norteamericanos, comparación que da un alto índice para los mejicanos. Dice además el autor, que aún falta conocer las variaciones del "índice de recuperación" a causa de los cambios de altura, la estación y su ejecución en campo abierto. Esperamos su realización con felices resultados.

La masculinidad es estudiada a continuación. La utilidad de determinar tal carácter, se debe a la correlación que presenta con la aptitud física. Para tal determinación ha seguido Romero el método de Setzer y Brouha, que ellos llamaron del "componente masculino", siendo éste fuerte, medio, débil o muy débil. Sus rasgos principales son diez y de la intensidad con que estos aparezcan, se deducirá el grado de masculinidad de un individuo. El método en cuestión, es el de la observación de los individuos desnudos y en las diversas normas, a una distancia conveniente y comparando luego con fotografías standard que muestran las tres normas en individuos incluidos entre los cuatro grupos de masculinidad. Para la comprobación de los resultados obtenidos con el primer método, aplicó otro del mismo Setzer, tratando de ver si el índice de las anchuras de la pelvis y de los hombros bastaba para demostrar la masculinidad. Para este ensayo fueron utilizados dos grupos de cien individuos de edad semejante a la de los cadetes estudiados, seleccionando previamente un grupo por su masculinidad fuerte y otro por la débil. Medidos estos individuos para obtener el índice dicho, se estudió la distribución de frecuencias de los valores del mismo. Con este ensayo demuestra Romero, que este índice sólo hace ver las fuertes diferencias en la masculinidad, pero nunca los términos medios, y además, que el polígono de frecuencias del índice del grupo de individuos de masculinidad fuerte, es similar al que ofrece él de los cadetes.

Para la determinación del tono muscular fue necesaria una detenida experimentación. Se tomó como norma el método de Curetms. Gran parte de éste se basa en la palpación en relajamiento de la mayor parte del cuerpo primeramente y luego en contracción forzada, obteniéndose los resultados por comparación de acuerdo con normas preconcebidas.

El capítulo tercero, está dedicado a la fotografía somática, es decir, la fotografía individual de las tres normas del sujeto. Este procedimiento además de permitir la observación y comparación permanentes, permite la medición del individuo. La técnica seguida fue la de Depertuis y Tanner. Esta no fue aplicada sino a 40 cadetes, por dificultades ajenas a la investigación.

El capítulo cuarto y último se refiere a las entrevistas obtenidas de los cadetes estudiados, encaminadas a establecer el verdadero interés profesional de los investigados.

En resumen, el estudio del antropólogo Javier Romero, es una valiosa contribución a las investigaciones sobre Biología Humana en los países de América y representa un paso de avance, no solamente en metodología

sino en técnica. Esperamos en un futuro muy próximo encontrarnos con trabajos de esta calidad.

Néstor Uscátegui M.

ALFONSO ESCUERRA GOMEZ. *La Adolescencia como una etapa de la vida humana*. En Revista de la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Volumen IX, números 33 y 34. Bogotá. Mayo 1953.

En el último número de la Revista de la Academia de Ciencias Exactas, encontramos una nueva publicación del doctor Alfonso Esguerra Gómez. Se trata nuevamente de uno de sus excelentes y elaborados trabajos sobre antropometría clínica y se refiere en esta ocasión a la adolescencia.

Este estudio fue realizado por Esguerra Gómez, en colaboración con sus discípulos doctores Rafael Mendoza Isaza y Nelson Bruno Casas. El material humano fue estudiado entre los cadetes de la Academia Militar Ramírez de Bogotá, de los cuales se estudiaron 300 individuos de 11 a 21 años de edad; y en un asilo para niños desvalidos en Cajicá (Cundinamarca), en el que fueron estudiados 200 individuos de las mismas edades.

Las técnicas seguidas fueron las de la antropometría clínica de Viola y el trabajo se presenta dividido en dos partes, cada una de ellas ilustrada con numerosos gráficos y fotografías, cuyos originales se encuentran en el Laboratorio de Fisiología de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional, donde se elaboró buena parte del trabajo.

El autor inicia su estudio, reconociendo el gran desacuerdo que hay entre los tratadistas en cuanto se refiere a la delimitación de las etapas fisiológicas del hombre. Continúa, fijando los términos apropiados para designar en castellano las etapas de la vida del hombre y admitiendo en principio las cinco palabras dadas por el Diccionario de la Academia de la Lengua a dichas etapas; considera en seguida que esta clasificación "pentenaria" de carácter gramatical, debe ser modificada, cuando se refiere a estudios de orden fisiológico, modificación que basa en las leyes naturales regidas por la variabilidad armoniosa y simétrica, expresada por una curva de probabilidades. Así, determinado el precedente fisiológico para la denominación de las etapas, aboga por que debe seguirse un criterio bioestadístico para investigaciones de esta clase, pero desechando el "fetichismo de los números" y basándose en una aplicación real de las matemáticas al problema estudiado.

Esta primera parte del estudio incluye 11 gráficas, por medio de las cuales demuestra matemáticamente: 1) Que entre los adolescentes estudiados se presenta un alargamiento a los doce años y un engorde puberal a los catorce, seguido del crecimiento general. 2) Que las etapas de la

vida humana son trece, como lo da el histograma respectivo. 3) Que en la clasificación de la vida del hombre en trece etapas no hay indicio del azar y por consiguiente se puede considerar como verosímil. Que el azar interviene en los trabajos de bioestadística y que el binomio de Newton en su desarrollo tiene la misma característica del azar.

La segunda parte del estudio incluye una tabla de división en vigésimas partes de sigma de las etapas: adolescencia y edad adulta. Un dibujo retrato que indica la manera de tomar las diez medidas longitudinales sobre las cuales se basa la antropometría clínica de Viola. Quince gráficos explicativos y numerosas fotografías.

Las conclusiones de esta segunda parte son las siguientes: Para juzgar el desarrollo que va siguiendo el adolescente es preferible utilizar un cuadro con factores: talla, peso y edad, en vez del cuadro de correlación entre talla y peso. A este respecto presenta un cuadro en el que demuestra las oscilaciones ondulatorias que sufre la mayor frecuencia de los tipos morfológicos durante los años de adolescencia. El cuadro siguiente es considerado por el autor de gran importancia cuanto, según él, constituye la conclusión práctica de la investigación, pretendiendo reemplazar con este, el "grid de Wetzel" que fue analizado anteriormente y que considera poco conveniente.

Concluye además que no se puede calificar el peso corporal sin tener en cuenta el tipo morfológico del sujeto y añade, que mientras no se encuentre un método más sencillo es necesario recurrir a la técnica de Viola. A este particular es interesante la demostración que presenta en el gráfico N^o 22, lo mismo que en los triángulos y cuadros de correlación que ilustran el capítulo.

Finalmente, concluye, que todo adolescente, quien al ser localizado semestralmente en el cuadro de los tres factores antes enunciados, muestre algún indicio de anormalidad, ya en la talla, ya en el peso, con relación a su edad cronológica, debe ser estudiado con la técnica biotipológica de Viola, y añade, que esta técnica es la única que puede servir de índice y guía para juzgar la ortogénesis humana.

Resumiendo, el trabajo del Médico Esguerra Gómez, por su cuidadosa elaboración, por la abundancia del material estudiado, por la magnífica aplicación e interpretación de la técnica de Viola, por su presentación y claridad, así como por sus excelentes y acertadas conclusiones, es un verdadero estímulo para que en el país, los interesados en estos estudios, presenten trabajos de tal calidad. Por otra parte, es lamentable que esta clase de estudios no se extienda hacia el sexo femenino entre quien redundaría en favor de su mejoramiento físico.

Néstor Uscátegui M.

El libro del doctor Ramón Franco R. parece perseguir primordialmente un fin didáctico. El plan general de la obra, su técnica expositiva, la brevedad con que son analizados los temas así lo demuestran. Se trata pues de un libro de divulgación o enseñanza adaptable al programa del sexto año de bachillerato. No hemos encontrado, en el transcurso de su lectura aportes originales, ni creaciones científicas que representen un avance de la geografía del país. Pero estamos lejos de menospreciar su esfuerzo. El trabajo de divulgación es tan importante como la misma investigación científica. No cabe, dentro de significado de esta crítica, ni el prurito polémico, ni el deseo de negar en absoluto el mérito de la obra. Pero como pensamos que el afán didáctico no debe empañar la claridad de los principios científicos, nos hemos permitido hacer al libro algunas glosas que a continuación se leerán.

El espacio limitado de este comentario no ha permitido señalar todas las inexactitudes del texto. Dejamos al lector la tarea de hacerlo minuciosamente, ciñéndonos a subrayar algunas de las más salientes equivocaciones. No nos explicamos cómo, el Banco de la República, después de habernos ofrecido publicaciones de un positivo mérito científico, ha auspiciado la presente obra de tan escaso valor geográfico.

En la pág. 12: Al enumerar las ventajas de la situación geográfica de Colombia, dice el autor: "Sus fronteras (las de Colombia) no son infranqueables como las de Canadá y Rusia. Muy por el contrario: Son de fácil acceso por todos lados".

El autor parece ignorar que la mayor extensión de nuestras fronteras terrestres se desarrolla en regiones deshabitadas, muchas veces cubiertas de selvas y maniguas; alejadas de los centros urbanos de importancia, y sólo accesibles por la precaria navegación fluvial o por la ruta aérea, al igual que las fronteras rusas o canadienses sobre el Artico.

En la pág. 18: Se encuentra un croquis de la costa colombiana del Pacífico que tiene cinco nombres: Océano Pacífico, Tumaco, Buenaventura, Punta Ardila y Panamá. Este croquis sólo puede tener un objetivo: dar una idea de la forma general de la costa del Pacífico. Para un fin tan pobre no vale la pena el haber insertado tal croquis en el texto; cuando el libro adolece precisamente de mapas completos en otros aspectos. El libro en total sólo tiene 11 mapas y, mientras se da el lujo de incluir en la página 217 un mapa de "Vigilancia Forestal", de ningún valor científico ni pedagógico, carece de un mapa de carreteras y ferrocarriles que indique al lector nuestras principales vías terrestres. No vemos el objeto de colocar a Punta Ardila como accidente esencial de la costa del Pacífico; dicho accidente puede tener significado como punto de referencia para localizar el Punto Intermedio, lugar en donde comienza la costa colombiana del Pacífico. Sin embargo el autor no consideró oportuno localizar ni a Cocalito, ni al Punto Intermedio. Mucho más importante,

sería situar en el mapa que venimos comentando el Cabo Corrientes, que divide la Costa pacífica en dos sectores fisiográficamente diferentes, que proporcionar al lector una idea fragmentaria de dónde comienza la frontera colombo-panameña del Pacífico.

En la pág. 45: Al comentar las consecuencias del tratado colombo-venezolano, López de Mesa - Gil Borges, de 1941, dice: "Ha quedado abierta así para el comercio colombiano la puerta del Orinoco, clausurado enantes por los dictadores venezolanos, como medida de seguridad y cautela para sostenerse en el poder. La libre navegación de la impetuosa arteria las habría derrumbado estrepitosamente".

Quizá no sobre advertir que una de las normas de la política internacional colombiana ha sido la de no inmiscuirse en los asuntos internos de los demás países. Pero aún en la hipótesis de que nuestro país quisiese provocar cambios políticos en la hermana República, no nos explicamos cómo, la lejana y deshabitada región del Orinoco, hubiese favorecido tales propósitos. Estamos lejos de compartir la opinión, esbozada por el autor, de que la libre navegación por el Orinoco sea o haya sido determinante de primer género en la política interna de Venezuela.

En las págs. 46, 47 y 48: Trae el autor tres cuadros con los accidentes de nuestras cordilleras. Allí se encuentran enumeradas de Sur a Norte las principales elevaciones del país, indicando su altitud en metros. Pero de los 34 accidentes citados: volcanes, cerros, páramos, nevados, mesas y picos, sólo uno: la Hoz de Minamá corresponde a depresiones. Los puntos bajos del relieve son, en altimetría, tan importantes como las máximas cumbres, y aún, desde un punto de vista económico, lo son más, puesto que las depresiones de nuestras cordilleras han sido aprovechadas para la construcción de ferrocarriles y carreteras que comunican las diferentes zonas del país. Omitió el autor en la Cordillera Occidental: la depresión de Chambú por donde pasa la carretera. El Diviso-Túquerres; la de la Cumbre aprovechada para el ferrocarril Cali-Buenaventura y la Quebra del Toro por donde se trazó la carretera que va del municipio antioqueño de Bolívar a Quibdó. En la Cordillera Central no cita el paso del Quindío, de gran importancia en la historia de nuestras comunicaciones, cruzado hoy por la carretera Ibagué-Armenia. En la Cordillera Oriental no menciona las depresiones de La Ceja y Uribe.

En la pág. 86: Se lee: "Las civilizaciones prehistóricas colombianas fueron de altiplano".

Esta generalización es inadmisibles porque no corresponde a la realidad. Los Chibchas fueron una cultura que se desarrolló principalmente en el altiplano, pero no podemos asimilar todas las culturas prehistóricas a la Chibcha. Los Chibchas no dominaron ni mucho menos todo el territorio del país. En las diferentes secciones de Colombia se desarrollaron culturas independientes de la civilización chibcha de altiplano. Sólo a un criterio simplista se le puede ocurrir que toda la prehistoria de la República gira alrededor de los Chibchas. El hecho de que tales tribus ocuparan el centro del país y el lugar que hoy ocupa la capital de Colombia, no

es argumento concluyente para decir que la Prehistoria de la nación se puede reducir al altiplano. La cultura de San Agustín, por ciertos aspectos superior a la chibcha, no fue civilización de altiplanos sino de valle. Los quimbaya, calima, chami, zenú, tairona, chimila, panche, guajiro, cuna, pijao, y todas las culturas de orinoquia y amazonia que no se localizaban precisamente en los altiplanos juegan papel importante en la prehistoria de Colombia.

Después del título: Los Páramos y las Zonas Polares dice el autor: "Imperan en unos y otros los hielos eternos y por tanto la vida se hace imposible en ellos".

El doctor Franco no puede ignorar que la zona denominada "Páramos" no está cubierta por las nieves perpetuas, y en ella sí existe vegetación. El Páramo de nuestras cordilleras es un piso térmico y vegetal localizado entre los 3.500 y los 4.500 metros, caracterizado por la existencia de pajonales, frailejón y valeriana. A los 4.800 metros aproximadamente se encuentra en Colombia el límite de las nieves perpetuas. Nuestros páramos son paralelos al piso termo-vegetal llamado Puna Brava en el Perú y Bolivia, piso que se extiende desde los 3.900 a los 4.500 metros y en donde existe una vegetación enana. Quien dice "Páramos" no sólo dice conjunto de condiciones atmosféricas sino también piso vegetal con determinadas características.

En la pág. 87: Bajo el título: Los Páramos y las Zonas Polares, leemos: "Dejando atrás los polos viene la Tundra, raquítica morada de los lapones, fineses y ostiakos impropicia para la civilización. Sigue luego la estepa cuna del nomadismo, donde el poco rendimiento económico compele al hombre a emigrar en busca de más productivas zonas".

Inmediatamente después de la Tundra no sigue la estepa como sugiere el autor. Al sur de la Tundra se encuentra el bosque que cubre la mitad septentrional de Rusia y Siberia. En América del Norte también se encuentra el bosque de coníferas, a la latitud del Escudo Canadiense. Hacia el sur de los bosques septentrionales denominados Taiga en Siberia, se halla la zona de la Estepa, que en Rusia comprende tres tipos, de acuerdo con la composición del suelo y la sequedad del ambiente: las tierras negras o Tchernoziam, constituídas por arcilla arenosa con materiales vegetales en descomposición que alcanzan una extensión de dos millones de kilómetros cuadrados; en verano esta zona se cubre de trigo, cebada y pastos temporales. Al sur de la estepa negra se encuentra la gris, formada por la descomposición de plantas sobre subsuelo calcáreo o granítico; tierra de gramíneas y pastos. Finalmente viene la estepa blanca que ocupa el centro del mar centro-asiático cuyos restos son el Aral y el Caspio; suelo salino con manchas de vegetación herbácea aprovechadas por el ganado trashumante. ¿A cuál tipo de estepa se refiere el autor? Parece que al último. Pero presentado el problema con un carácter tan simplista nos lleva a pensar que la estepa en general carece de valor económico lo cual es inexacto.

En la pág. 138 leemos: "Los vicios principales de los chibchas eran la mentira, la lujuria, la embriaguez y la crueldad".

La afirmación anterior en boca de un cronista del siglo XVI es explicable, pero en boca de un hombre culto del siglo XX no puede menos de producir risa. Suelen considerarse como características de un grupo humano a aquellas cualidades que lo tipifican, que lo destacan de los demás de la especie. ¿Pero cuáles son las bases para poder afirmar que en los chibchas las cualidades tipificadoras eran precisamente la mentira, la lujuria, la embriaguez y la crueldad? Las mentiras que circularon en la Edad Media a todo lo largo y ancho de Europa Occidental llenarían volúmenes y no creo que a ningún sociólogo sano de cabeza se le haya ocurrido jamás afirmar que, la característica sobresaliente del europeo haya sido su capacidad de mentir. Quizá, para dar gusto al autor, podríamos tratar de determinar el problema de la lujuria apelando a un método indirecto: el coeficiente de crecimiento vegetativo de los grupos humanos. Pero ni aún así podríamos saber si el chibcha fue más lujurioso que el español quien, con su potente naturaleza biológica pobló el Nuevo Mundo, porque carecemos de datos numéricos para comprobar el aserto. Hoy en día la picante descripción, vaya por ejemplo, del fraile Tomás Ortiz acerca de los primitivos americanos, reposa en el anecdotario de la Historia de la Conquista, la podemos extraer de allí por motivos de curiosidad pero nunca para edificar sobre ella afirmaciones científicas.

En la pág. 138: En la exposición acerca del pueblo chibcha dice el doctor: "No alcanzaron (los chibchas) a conocer la edad de piedra, pues sus moradas eran simples chozas de madera, barro y paja de los que no quedó rastro alguno".

El autor parece estar mal informado acerca de lo que en Prehistoria se denomina Edad de Piedra. El término Edad de Piedra no se refiere al material que emplearon los grupos prehistóricos para la construcción de sus viviendas. En ninguno de los tratadistas de la Prehistoria se encuentra tal concepto. Ni J. de Morgan, ni H. Breuil, ni H. Obermaier parecen compartir la opinión del autor. Se llama Edad de Piedra a aquel estadio de la cultura humana durante el cual el hombre utiliza la piedra para la fabricación de sus instrumentos. Se subdivide la Edad de Piedra en cultura paleolítica o de la piedra tosca, y cultura neolítica o de la piedra pulida. Durante la etapa paleolítica el hombre utiliza la piedra y el hueso para confeccionar útiles, sus actividades económicas preponderantes son la caza, la pesca y la recolección. Entre el paleolítico y el neolítico hay un período intermedio denominado mesolítico, poco conocido. La última fase del Paleolítico: el tardenoisense fue disolviéndose y entró el neolítico. La cultura neolítica se caracteriza por objetos fabricados de piedra pulida, aparece la cerámica, la agricultura y la ganadería. Sigue a continuación, dentro de la prehistoria, la edad del bronce que comprende a los pueblos neolíticos que conocen ya la fundición de algún metal, las actividades económicas siguen siendo la agricultura y la ganadería; muchos autores incluyen dentro del neolítico a las primeras fases de la edad de los metales, ya que el lado de éstos seguían subsistiendo los útiles de piedra. Los chibchas a no dudarlo eran pueblos neolíticos; tenían agricultura, algunos animales domésticos, fabricaban cerámica,

fundían y trabajaban algunos metales. Si el autor se niega a clasificar a los chibchas dentro del período neolítico de la edad de piedra, no sabemos a dónde colocarlos dentro del cuadro general de la Prehistoria.

En la pág. 191: Afirma el autor: "El Petróleo, en mayor escala que el carbón, se convirtió en la fuente de energía y en el aliado más poderoso de la 'Era Maquinista'. Sin él no se hubiera operado la revolución económica de los siglos XVIII y XIX, que erigió Europa en árbitro de los destinos del mundo".

A las anteriores afirmaciones debemos hacer dos observaciones fundamentales: a) El petróleo no produjo ni en Europa, ni el mundo revolución económica alguna en los siglos XVIII ni XIX. La importancia revolucionaria del petróleo en la economía mundial arranca de la primera guerra de 1914. b) La fuente de energía que más colaboró a que Europa se convirtiera en "árbitro de los destinos del mundo" no fue el petróleo sino el carbón.

En agosto de 1859 (siglo XIX) se perforó el primer pozo de petróleo en los Estados Unidos, en la región de los Apalaches. En 1861 brotó el primer "gusher" o manantial con un rendimiento de 300 barriles diarios. Sin embargo la explotación inicial de petróleo se aplicaba principalmente al alumbrado, y estaba aún lejos de tener una resonancia capital en los mercados del mundo. Rumania, uno de los productores más antiguos, comienza la explotación moderna hacia 1866, antes se realizaba la perforación a mano.

Irán inicia la explotación en 1913 e Irak en 1934. La primera compañía privada dedicada a la explotación de petróleo se fundó en Rusia en 1856, y el primer pozo se perforó en 1872. Para tener una idea de la escasa resonancia del petróleo en la última década del siglo XIX y primera del XX basta considerar que, en el año de 1914, sólo un 3% de la navegación mundial la constituían barcos alimentados por petróleo, mientras que el 97% la formaban barcos movidos por carbón. Hacia 1937 la mitad de la navegación mayor era movida por carbón y la otra mitad por petróleo. En la primera década del siglo XX todavía las marinas mercantes europeas impulsadas por carbón dominaban los mercados del mundo.

En la pág. 289: Presenta el autor la bibliografía general de la obra que consta únicamente de ocho títulos. Tales títulos no van seguidos del lugar, editorial, ni fecha de impresión; lo cual hace imposible su consulta por parte del lector. ¿A cuál de los informes presentados por el doctor Luis Angel Arango, como Gerente del Banco de la República, se refiere el autor? ¿A qué año pertenece el Anuario o los Anuarios de Comercio Exterior, publicados por la Contraloría General de la República, y utilizados por el autor para la elaboración del texto? El título "Economía Agropecuaria de Colombia", publicado por el Ministerio de Agricultura y Ganadería, es un libro o un folleto o un informe del Ministro del ramo? Agradeceríamos al autor se sirviera informarnos para ampliar nuestros conocimientos. En el párrafo que sigue al título "Bibliografía", el autor

expone un criterio que no podemos compartir. Allí se afirma que la enumeración completa de las fuentes bibliográficas es imposible, porque "se prestaría a involuntarias y penosas omisiones". El sentido de la bibliografía científica no consiste, como el autor parece sugerirlo, en honrar a los autores cuyos libros se citan, ni en aparentar profundidad o solidez en los temas tratados. La bibliografía en un libro tiene por objeto posibilitar al lector para que amplíe sus conocimientos en los diferentes campos que el autor no ha querido o no ha podido consignar en su obra.

Carlos Trujillo L.

ERASMUS, CHARLES. Las dimensiones de la Cultura. Historia de la Etnología en los Estados Unidos entre 1900-1950. Bogotá. Editorial Iqueima, 1953.

En este libro muestra el autor la historia de la Antropología en los Estados Unidos en los últimos cincuenta años. Desde la introducción enfoca el problema desde tres puntos de vista. Dimensión Social, Dimensión Espacial y Dimensión Temporal, factores que actúan recíprocamente en los cambios culturales y sin cuya función es imposible entender la dinámica de la cultura. Analiza las diferentes teorías antropológicas y anota los errores cometidos por los primeros evolucionistas; presenta la personalidad de Boas y su influencia en la Antropología Americana, además el problema de señalar cuáles elementos de la cultura se deben a la unidad psíquica de la humanidad y cuáles al difusionismo cultural, muestra cómo este autor se interesó principalmente por la dimensión temporal para sacar en conclusión que en una cultura los elementos de mayor distribución son los más antiguos, y en su intento de comprender todos los fenómenos culturales de América, llegó a la comprensión de las tres dimensiones temporal, espacial y social para entender mejor las diferentes culturas que existen en este continente. De manera que al terminar la primera década del siglo ya se trabajaba con el concepto de las tres dimensiones, área cultural e individualidad de las culturas.

El autor muestra cómo en la segunda década Boas sigue siendo la personalidad central de la antropología americana y ya sus discípulos publican trabajos de diferente índole; se afirma la importancia del estudio arqueológico para reconstruir la dimensión temporal y Kroeber propone su determinismo cultural y trata la cultura como una entidad superorgánica. También otros antropólogos, Wissler y Haeberlin destacan el valor de la individualidad de las culturas. Por estos mismos años el autor muestra la influencia que comienzan a ejercer las ideas de Malinowski en los antropólogos norteamericanos.

En el tercer decenio presenta la discrepancia entre Boas y Kroeber acerca del concepto espacio-tiempo defendido por éste e impugnado por Boas.

Al finalizar el decenio la antropología norteamericana cuenta con los estudios de Redfield sobre el cambio cultural que el especial interés en la dimensión social, destaca la dinámica de la vida social, trabajos que dan importancia a las ideas sostenidas por Boas y Malinowski.

En el cuarto decenio, el autor muestra que la controversia Boas-Kroëber es más aguda y ya se perfilan las dos corrientes en la antropología americana; se intensifica el estudio del cambio cultural y el interés por estudiar las culturas tal como viven en la actualidad. Las ideas de Malinowski y su interés por la Antropología aplicada cobra interés, los seguidores de esta corriente niegan que hay conflicto entre ciencia y aplicación y el movimiento sobre el estudio del cambio cultural o contacto cultural, es defendido principalmente en los países que tienen colonias. En esta década también gana terreno la dimensión social y el estudio de la personalidad. La colaboración de Linton-Kardiner desarrolla el concepto de personalidad básica, concepto fundamental en el estudio de la cultura y la personalidad.

La última década se caracteriza por los estudios sobre espacio-tiempo referidos a Suramérica, el Padre Cooper describe tres áreas que representan tres niveles de progreso. Steward en la clasificación de las áreas culturales da mayor importancia a los patrones sociopolíticos y religiosos y no a los elementos materiales de la cultura. También en esta década Murdock sostiene el estudio de la organización social como semi-independientes de los demás factores.

El libro termina con un capítulo de conclusiones donde al autor expone sus propias ideas acerca del concepto de las tres dimensiones de la cultura social, espacial y temporal y los demás problemas de la Antropología en los últimos cincuenta años en Norteamérica.

Este libro llena su propósito pedagógico de gran utilidad para los estudiantes, especialmente latinoamericanos y europeos. La cita de los trabajos fundamentales que se encuentran en revistas que jalaron épocas en la historia de la Antropología, es una gran ayuda para él que se inicia en estas materias. Al estudiante le presta un gran servicio porque le aclara lo que en este campo se ha hecho en Estados Unidos. Muestra las ideas directrices y sus defensores y el camino recogido por esta ciencia social. Charles Erasmus con esta contribución ayuda a poner en claro conceptos ambíguos y a veces erróneos que sobre estos diferentes aspectos tienen el estudiante y el común de las gentes y denota una gran erudición la bibliografía citada a través del libro para el lector.

Sin duda alguna que la mejor ventaja la sacará el estudiante latinoamericano para quien le sería difícil encontrar la bibliografía de artículos de revista que ahora fácilmente puede consultar en cualquier biblioteca cuando su interés esté encaminado a un determinado tema. Este libro ha sido bien recibido en Colombia por el grupo de antropólogos y por los interesados en la materia.

Dimensiones de la Cultura es un libro cuya lectura se puede recomendar para especialistas e interesados en la ciencia antropológica.

Milciades Chaves.